

## TERCER PREMIO

### “Despedida a la francesa”

Al entrar en el aula el ordenador permanecía encendido, arrojando luz sobre su rostro y resaltando su perfil, que se dibujaba en la pared con asombrosa perfección. Su figura había cambiado bastante en los últimos años: había blindado su mirada color aceituna, ocultándola tras los cristales de unas gafas que se habían puesto de moda tiempo atrás; en su nariz un piercing quería mostrar un cierto punto de rebeldía. Pero el mayor cambio, sin duda, se había producido en su cabello. Acostumbrada a lucir una larga y rizada melena, decidió que ya era hora de cortarla. Como una inversión de Sansón, el efecto del tijeretazo fue casi inmediato: aquel nuevo aspecto hacía que se sintiera más fuerte y decidida. Hay quien achaca su nueva actitud al paso de los años, mientras que otros sostienen que proviene de las constantes caídas que ha sufrido. Quizás ambos tengan razón.

Las persianas estaban aún bajadas (como de costumbre, era la primera en llegar) y el destello de la pantalla le molestaba casi tanto como el hecho de que alguien la hubiese dejado encendida. Se encaminó a apagarla, tropezando con una mesa y un par de sillas que encontró a su paso, lo que hizo que se precipitara hacia el suelo. “¡Pero qué torpe!” -pensó para sí. Agradecía que, al menos, nadie hubiera presenciado tal desastre. Se apresuró a levantarse mientras miraba hacia la silla con desdén, urdiendo su plan de venganza; un plan de venganza que no consistía en otra cosa que patear dicha silla. Craso error. Todo el dolor que se supone debería haber sentido la silla, lo sentía ella ahora en su pie derecho.

Dejando a un lado el penoso espectáculo que estaba ofreciendo al enfrentarse a un objeto inanimado, se dirigió hacia las ventanas para levantar las persianas. Las mañanas volvían a ser oscuras tras el cambio de hora lo que, sumado a los grises días de la primavera salmantina, dejaba los ánimos a la altura de la suela de sus zapatillas mojadas. Ansiaba ver un rayo de sol entre tanta nube.

A falta de cualquier otro entretenimiento, se sentó junto al radiador a contemplar las vistas con silencioso pasmo. El patio del instituto, a otras horas repleto de

adolescentes armando revuelo con sus idas y venidas, estaba ahora desierto. Ni un alma. Tan sólo encontró un grupo de pajarillos bebiendo de uno de los tantos charcos que se habían formado tras una noche de incesante lluvia.

El panorama era desolador cuanto menos. Quizás para cualquier otra persona, sí, pero no para ella. Ella disfrutaba de estos pequeños momentos de tranquilidad; había aprendido a valorar los cortos instantes de falsa calma en mitad de la ciudad, en los que el sonido de su respiración se mezclaba con el ritmo de la música que salía de los auriculares en una armonía impecable. Todo esto compensaba con creces el madrugón, y había hecho que olvidara lo mucho que le dolía el pie después de las represalias que tomó contra la silla.

El número de pasos que se escuchaba por pasillos y escaleras fue aumentando exponencialmente conforme se acercaba la hora de empezar las clases: otro día comenzaba en el *Venancio Blanco*. Centenares de individuos recorriendo el edificio, construyendo allí las vivencias que posteriormente se convertirán en recuerdos más o menos nítidos.

Ella ya había saboreado la sensación agridulce que te queda al abandonar el instituto y seguir adelante, pero por circunstancias de la vida aquí está otra vez. "Mismo caramelo, diferente envoltorio", se dijo el primer día que pisó la que sería su aula durante el próximo año. Si bien el mobiliario era algo diferente, ese que le había atacado con nocturnidad y alevosía, todo lo demás podía encontrarse en cualquier otro instituto: profesores simpáticos, profesores que no lo son tanto, niños correteando por los pasillos y adolescentes hormonados.

Todo era igual. Todo, excepto ella misma. Había cambiado tanto desde que terminó su anterior etapa en el instituto que, aunque todo a su alrededor permanecía igual, lo veía completamente diferente. No es que sus gafas usaran un filtro de *Instagram* o que estuvieran sucias, no. Todo lo contrario: su mente estaba más limpia y despejada. El caos que reinaba en su cabeza había desaparecido. Si no en su totalidad, al menos en gran parte. De esta manera, y con una renovada ilusión, había comenzado su andadura en el *Venancio Blanco*.

El timbre que anunciaba el inicio de la jornada la sacó de ese estado de trance en que el recuerdo de sus inicios la había sumido. Evadirse del presente para recordar el pasado o sumergirse en su propio mundo de ensoñación es algo que solía hacer. A veces la rutina le pesaba demasiado.

La estación de tren estaba tan cerca que podía escuchar el sonido de los convoyes parando en sus respectivos andenes. La idea de tomar un tren con destino a ninguna parte había rondado su cabeza en incontables ocasiones. Resultaba demasiado tentador... Días atrás había visitado la estación con el único propósito de recrearse con su ambiente. Disfrutaba imaginando las historias de las personas que por allí pasaban, como hizo también durante tantos años en la estación de autobuses. Establecer paralelismos entre una estación y la propia vida se le antojaba inevitable: unos vienen, otros se van.

*"El valor para marcharse, el miedo a llegar"*, como decía la canción.

Ese era el punto exacto en que se hallaba. Intentaba reunir un poco del coraje que había conseguido con el paso de los daños y los años, el necesario para salir ahí fuera. Volver al instituto ya no le parecía un paso atrás, sino una manera de coger carrerilla para poder dar el salto.

Al llegar a casa, abrió una gigantesca maleta y volcó en ella toda su ropa, su calzado y sus esperanzas. La radio estaba encendida, pero no la oía: su voz sonaba más alto que cualquier otra. La emoción llenaba sus ojos de lágrimas y su boca de sonrisas. Tras largas deliberaciones, había decidido no despedirse de nadie. Detestaba las despedidas y todo lo que implicaban.

Con la maleta de la mano y la mochila a la espalda, cerró la puerta tras de sí; había dejado las llaves dentro, por si sentía tentaciones de volver. Como cada día, tomó el autobús en dirección al instituto; su equipaje pesaba más que su conciencia, lo que suponía alguna que otra dificultad para moverse por el vehículo. Tuvo que pedir perdón varias veces por arrollar con las pequeñas ruedecillas de su maleta los pies de desconocidos, que le miraban de manera idéntica a la que ella había mirado la silla con

la que había tropezado la mañana anterior. Sólo esperaba que ellos no quisieran patearla.

Cuando llegó al instituto, se detuvo frente a la puerta por unos segundos. Quería tomar una última instantánea mental del lugar. Era la hora de entrar, pero mantenía la esperanza de ver a alguien salir.

Prosiguió su camino, cruzando el puente hacia la estación de tren. Avanzaba con tal decisión que ni siquiera el gélido viento de la mañana podía frenarla. El frío a ella nunca le molestó.

Una vez en la estación, se dio cuenta de que no sabía exactamente qué tren iba a coger. Miró con detenimiento el panel de horarios de salida y, tras unos instantes, llegó a la conclusión de que lo mejor sería coger el primer tren que saliera. Sin pensar, como quien arranca una tiritita: es mejor hacerlo de golpe. Se situó en la taquilla, detrás la última persona de la fila. -¡Incluso a estas horas hay cola!", -pensó impaciente.

-Buenos días...-susurró una dulce voz a sus espaldas.

Un "buenos días" que hizo que se le parase el corazón por un momento. Sin girarse aún, soltó la maleta y buscó una mano a la que aferrarse; necesitaba comprobar que no habían sido imaginaciones suyas. Sus dedos se entrelazaron y supo que ya jamás lograría separarlos.

- No intentes retenerme- rogó ella con la voz rota.

-No pensaba hacerlo. Vayamos a buscar el rayo de sol que te prometí.

Subieron al vagón sin perder un minuto; ya habían desperdiciado demasiado el tiempo. Como hacía siempre que tenía ocasión, ella se sentó junto a la ventana y dirigió su mirada por última vez sobre el *Venancio Blanco*. Quedaban atrás los recuerdos, los tormentos y tormentas. Ahora iba en busca del sol.